

Vietnam a seis años de la victoria

Carlos Iván Degregori

En 1453 cayó Constantinopla, capital de un imperio en decadencia. Siempre me asombró la insistencia con que los textos escolares resaltaban la fecha. 1453 fue final y comienzo. La caída de la metrópoli bizantina fue una de las compuertas que al cerrarse —o abrirse— permitió el amanecer de un mundo nuevo.

Cinco siglos después, el 30 de abril de 1975, cayó Saigón. La huida en helicópteros de los últimos invasores y su personal de servicio, agolpados en las azoteas de la embajada USA, quedó grabada en la memoria de millones. Para los derrotados era definitivamente una hecatombe. Porque si en Playa Girón habían sido vencidos sus aliados, en esta ocasión el imperio nuclear mordía por primera vez con sus propios dientes el polvo de la derrota y se precipitaba hacia su decadencia.

De esta manera, un pueblo hasta entonces poco conocido, pero heredero de una milenaria y rica tradición de cultura y combate, lograba la gran hazaña, lo que apenas 20 años antes parecía el mayor imposible de los imposibles.

Por supuesto que a continuación la utopía no se descolgó graciosamente del cielo. A más de 60 años de la Revolución de Octubre sabemos, ya que el socialismo es sólo el tránsito imperfecto, pero necesario hacia cumbres más altas y todavía inciertas que apenas comienzan a dibujarse en el horizonte.

Pero, como dijo José Carlos Mariátegui, cada

hombre —o pueblo— cree que el combate que entabla es la lucha final, y así debe vivirla justamente para poder alcanzar la victoria. Y ese día, un pueblo que parecía débil, repitió la milenaria historia de David frente a Goliat y conquistó la dignidad.

Y así, en el siglo XXV —cuyos problemas, felizmente, no tendremos que encarar— se estudiará y recordará por cierto, junto a los varios octubres memorables del lejano siglo XX, aquel 30 de abril de 1975, que fue el comienzo del fin y a la vez el principio.

